

CONTESTACIÓN
DE
DON MANUEL PEREZ VILA

Señor Director,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

Muy grato me resulta cumplir la encomienda que la Academia ha querido generosamente confiarme de dar la bienvenida al Individuo de Número que hoy se incorpora a nuestras tareas, don Carlos Federico Duarte Gaillard. Grato, digo, porque siempre lo es hacer justicia a quien llega a la Academia Nacional de la Historia con sobrados méritos personales de investigador y de escritor, como lo atestiguan sus numerosos trabajos históricos, los cuales alcanzan unos 50 títulos, más que años cuenta su autor. Grato, también, porque tuve el privilegio de seguir casi desde sus comienzos sus actividades de historiador, en la década de 1960, y a partir de entonces ver crecer una amistad que me honra, así como me honró la de su inmediato predecesor en el Sillón letra I, Doctor Carlos Felice Cardot, a cuya preclara memoria dedico un emocionado y respetuoso recuerdo.

Inteligencia en el análisis, sensibilidad en la interpretación, mesura en el juicio crítico, servidas por un vasto acervo cultural de lecturas y viajes, son rasgos distintivos de don Carlos F. Duarte como historiador del arte y de la artesanía. Tiene de dónde haberlos heredado, pues fueron sus padres el científico Francisco J. Duarte, cuya notable obra de astrónomo y matemático es bien conocida, y cuya calidad humana se refleja en su correspondencia publicada, y doña Jeanne Gaillard, dama de nobles sentimientos y fina sensibilidad. La actividad Profesional a la cual se ha dedicado y dedica Carlos F. Duarte, la restauración de pinturas, para la cual se preparó en la National Gallery y el Victoria and Albert Museum de Londres, armoniza plenamente con el área de los estudios históricos a la que ha consagrado y consagra sus desvelos. Es, así, un verdadero experto el que hoy ingresa a la Academia, un experto cuya capacidad ha sido demostrada, además de por la obra escrita a que antes he aludido, por su larga y meritoria actuación como restaurador oficial del Museo de Bellas Artes de Caracas desde 1962 hasta 1977, y posteriormente, hasta la actualidad, como asesor y museógrafo del Museo de Arte Colonial de Caracas —la bella y apacible Quinta de Anauco— y

Vicepresidente de su Junta Directiva. Numerosas son las instituciones y las personas que pueden dar testimonio de la preocupación constante de Duarte por preservar, restaurar, rescatar y poner a valer el patrimonio artístico-cultural venezolano, en especial el del período hispánico. En este sentido, él prosigue la esclarecida tarea de quienes así lo hicieron en el pasado —un Arístides Rojas, un Alfredo Machado Hernández, un Carlos Manuel Möller, un Mauro Páez Pumar— y acompaña a quienes hoy, para fortuna de todos, lo siguen haciendo como, entre otros, nuestros colegas don Alfredo Boulton y Dr. Rafael Armando Rojas.

Ha tenido el Académico Duarte la suerte (o tal vez más que "suerte" debería decirse voluntad) de concentrar sus actividades profesionales y su vocación de historiador —que son prácticamente una sola y misma cosa— en un área del quehacer humano y un período muy definidos y bien acotados. El período es, esencialmente, el llamado colonial o hispánico de Venezuela, es decir, nuestros siglos XVI, XVII Y XVIII, aunque tampoco ha temido Duarte adentrarse bien en el XIX, como en el caso de Juan Lovera. El área de la actividad humana es la del arte y la artesanía, tan unidos entre sí en aquella época que hoy le resultaría difícil al estudioso diferenciarlos tajantemente, pues ambos se complementaban entonces, cuando al artesano (y no sólo al que creaba o fabricaba objetos de valor estético, sino a aquel que elaboraba los más utilitarios) solía designársele con el nombre de "artista". Artistas y artesanos formaban un todo en la Venezuela colonial, y así los ha estudiado y los estudia Carlos F. Duarte, sin dejar por ello de establecer las distinciones que se impongan en cada caso. No juntos, ni menos aún revueltos, pero sí como seres que cumplen una importante función en la sociedad, bien sea que fabriquen una sencilla mesa de cocina o claveteen un sillón frailuno, que corten la casaca del Marqués de Mijares o trencen la alfombra que la señora Marquesa —como buena mantuana— hará llevar por su esclava a misa de doce; que compongan o ejecuten misas y motetes, tallen y doren el retablo de San Francisco, pinten la Inmaculada de la Catedral, fundan campanas, esculpan imágenes, le den forma a una custodia o un portapaz, doren los cirios del día de la Candelaria —que por algo la Iglesia es el gran Mecenaz de la época— o bien sea que con los colores que brinda la naturaleza creen las sencillas sagradas imágenes de la iconografía popular que cada quien —aun el más desvalido— tendrá en su casa; o también que amasen y den forma a la arcilla que se convertirá en la loza del venezolano del común, o en la cerámica —aunque ésta llega más bien de México o de España, y hasta de la China— que realzará las mesas de las familias pudientes. También los biombos llegan de afuera, y los estudia Duarte, como estudia igualmente la decoración mural, ésta sí de ejecución

criolla, e identifica con copia de erudición al autor de los murales de la Quinta de Anauco. Porque no sólo le interesan las obras de arte y de artesanía —el producto—, sino también, y de un modo eminente, el creador. De ahí las monografías de Duarte sobre el orfebre Pedro Ignacio Ramos; sobre los notables pintores Juan Pedro López y Juan Lovera —recorriendo y ampliando, en estos dos casos, el camino abierto y transitado por Boulton—; sobre el maestro del rococó en Venezuela que fue el tallista y dorador Domingo Gutiérrez; sobre el músico e instrumentista Pedro José de Osío; amén de la vasta galería de personajes —ebanistas, escultores, fundidores, sastres, compositores, doradores, pintores, tejedores, alfareros— que están identificados y reviven en las páginas de sus libros. Sin que haya faltado tampoco el recuerdo, pergeñado con moderación, buen gusto y sentido histórico, de los seres de su propia sangre, como la monografía publicada en 1972 sobre el Ingeniero militar español Casimiro Isava Oliver (1734-1802) y la obra escrita en colaboración con el Dr. Eric Michalup editada en 1974 por la Presidencia de la República con el título *Homenaje al Dr. Francisco J. Duarte, 1883-1972*.

A los lectores de los libros que ha publicado y que continuamente produce nuestro nuevo colega, nos ha sorprendido alguna vez la presencia de unas iniciales que figuran en las notas y que no siempre él se acuerda de aclarar, tal vez porque le parecen obvias: AAC/ACM/ACE/AFJB/AGN, etc. Estas siglas corresponden al Archivo Arquidiocesano de Caracas, al Archivo del Concejo Municipal del Distrito Federal, al Archivo del Cabildo Eclesiástico de la Catedral, al Archivo de la Fundación John Boulton, al Archivo General de la Nación... Porque una de las características más notables de los trabajos históricos de Duarte es la utilización de fuentes primarias, con frecuencia inéditas, que él busca y analiza con tenacidad incansable en estos y otros repositorios documentales, para poder ofrecernos con alegría la pesca —ya sabiamente adobada— obtenida en sus buceos por esos mares de polvo que son —salvo excepción— los archivos. Otra importante característica de sus trabajos —para la cual su experiencia de restaurador y de museógrafo le resulta utilísima— es el empleo como fuentes documentales de las obras de arte o los productos artesanales. Recordemos, a guisa de ejemplo, dos de sus trabajos más recientes: su estudio del cuadro de Juan Lovera que describe un episodio de los sucesos del 19 de Abril de 1810 ocurrido ante las puertas de la Catedral de Caracas (en su libro *Juan Lovera, el Pintor de los Próceres*, edición Fundación Pampero, Caracas, 1985), y su ponencia relativa a "Un asiento llamado Butaca", presentada al Quinto Congreso Venezolano de Historia en octubre del año pasado. Se podrá coincidir con sus planteamientos, o disentir de ellos, mas nadie le restará

importancia a esta ampliación del concepto de fuente histórica para incluir objetos al lado de los documentos escritos; cosa que todos sabemos, sin duda, pero que pocos aplicamos.

Tengan o no incorporados en sí valores de orden estético, los objetos sólo sirven de fuentes históricas en la medida en que su estudio nos conduce a los seres humanos que los produjeron y a aquellos que los utilizaron. Porque el hacedor de historia es el hombre en sociedad. Esto bien lo sabe Duarte, quien en sus obras coloca a los artistas-artesanos y a los objetos por ellos creados o manufacturados en el contexto socioeconómico de su época y su medio. Durante el período colonial, las obras hechas por pintores y escultores, igual que las de ebanistas y sastres, eran objetos en cada uno de los cuales el valor artístico y el valor de uso cotidiano estaban generalmente presentes, aunque en grados diversos según la habilidad del autor y el tipo de objeto. Hoy solemos contemplarlos en los museos —o en los templos, o en mansiones particulares— como obras de arte, o de artesanía transmutada en arte, y olvidamos con frecuencia que tuvieron un uso específico, tanto el mesón sobre el cual se amasaban las hallacas en casa del niño Francisco de Miranda como la imagen del Nazareno de San Pablo que ponía a vibrar la fe en los corazones, de creyentes de todas las clases sociales. Sin olvidar la dimensión estética antes bien destacándola para que podamos apreciarla en su verdadero significado, como un valor permanente, Carlos F. Duarte nos muestra también la otra vertiente, la del uso cotidiano, donde una silla no es sólo un mueble de gráciles patas bien torneadas, sino también un objeto que sirvió de asiento a varias generaciones, y la Custodia, antes de refulgir en la vitrina de un museo para nuestro profano deleite, se elevó centenares de veces en manos del sacerdote en el momento culminante de la misa. A través de las creaciones de los artistas y los artesanos de los siglos coloniales, Duarte nos abre las puertas del imaginario colectivo de aquella época y nos permite asomarnos a la mentalidad de sus gentes, tanto como a su vida diaria.

Lo mismo ha hecho en el interesante y bien elaborado discurso que le acabamos de oír, de tema verdaderamente original y sugestivo. "Con el paso del tiempo —nos dice en él Duarte— ni siquiera se conservaría el recuerdo de aquel colorido Leviatán", refiriéndose de este modo al conjunto de tarasca, gigantes y diablitos. Pues bien: él los ha puesto a actuar de nuevo, haciéndolos revivir para nosotros con gracia y erudición, y al mismo tiempo nos ha planteado algunos problemas importantes, de los cuales sólo es posible enunciar algunos ahora. Uno es el de la diacronía en la transmisión y conservación, de las tradiciones: mientras en el Madrid y la Caracas de fines del siglo XVIII parecían la tarasca, los gigantes y los diablitos (que Juan Germán Roscio recordaba todavía en

1811), quien habla tuvo ocasión de verlos desfilar por las calles de Tarragona, en la Península Ibérica, a comienzos de la década de 1930; por otra parte, los diablitos del Corpus (sin gigantes ni tarasca) han perdurado en Venezuela, pero en el ámbito rural y en zonas donde las raíces étnico-culturales africanas están bien vivas, como en el pueblo de Yare. Paralelamente, volviendo al Leviatán caraqueño y a sus tres tipos de figuras, es interesante observar los diferentes valores y significados que tanto los dirigentes como el pueblo les van atribuyendo a través del tiempo. Su primitiva aceptación por la Iglesia Católica como un elemento que incorporado mediante el sincretismo religioso simbolizaba el predominio del cristianismo sobre las fuerzas del paganismo y a la vez propendía a impresionar, divertir y dominar al pueblo llano. Luego la prohibición por la jerarquía eclesiástica de las excrecencias demasiado "libertinas" que se le habían pegado: las danzas de indias, negras y mulatas. Finalmente, en la época de la Ilustración, se llega a una convergencia de las autoridades civiles y religiosas para eliminar las impresionantes figuras que ya no impresionaban a nadie y se habían convertido en motivo de ridículo, escándalo y bulla, incompatibles con la festividad religiosa de la cual eran parte. Otra cuestión que se asoma por las abiertas fauces de la tarasca es la de los terrores milenarios que la humanidad no ha podido ni podrá nunca dominar, y que afectaban entonces a todos, pero especialmente a los rústicos ya los niños. ¿Será la tarasca sólo una cosa de muchachos? O, como la que menciona Duarte, que tenía dos caras, una hermosa y otra horrenda, ¿será un símbolo de la perenne lucha del bien y del mal? Como se ve, estos diablitos, gigantes y tarasca que nos trae el nuevo Individuo de Número en su discurso de incorporación, si bien resultan divertidos, no tienen nada de superficial ni de anodino. Pero ya habrá tiempo de tratar éstos y otros temas, en los cuales es usted maestro, Don Carlos F. Duarte, cuando esté usted plenamente posesionado del Sillón letra I al que sus reconocidos méritos le han hecho acreedor con general beneplácito. A mí me corresponde, en nombre de la institución, darle la bienvenida a la Academia Nacional de la Historia, y lo hago con profunda satisfacción. Sea, pues, bienvenido.